

Otras ciencias de los Egipcios.

los sacerdotes egipcios, por el uso que hacian de las observaciones astronómicas, aplicándolas á la determinación del tiempo en que ocurrían las inundaciones, y á otras ventajas del país que civilizaban. En beneficio de este debieron de estudiar tambien la hidráulica, á fin de nivelar y distribuir igualmente las aguas, ya para el riego, ya para la navegacion. El canal de los reyes estaba dividido en cuatro brazos, que se extendían á ciento sesenta y cinco mil metros, y tenían capacidad tambien para naves grandes. Mas arriba de Ménfis, el canal de José, que partía del lado izquierdo del Nilo, desembocaba en el canal de Ilaon, que se dividía en infinitos ramales, llevando la fertilidad á los campos de Arsinoe; y cuando se queria castigar ó domar á un país, bastaba cerrar la boca que le conducía el agua. En la parte mas elevada del territorio habia fijado un *nilómetro*, conforme al cual se determinaba el impuesto.

Las inundaciones obligaron á estudiar la geometría, par restablecer la division de las tierras continuamente alterada. De *Quemi*, antiguo nombre del Egipto, se hace derivar el nombre de la química, de cuya perfeccion allí nos dan fe los esmaltes de que están cubiertas las momias, el azul de cobalto esparcido en sus pinturas, y en general los colores, que despues de tantos siglos se mantienen en perfecto estado.

Momias.

Es célebre sobre todo la habilidad de los Egipcios para la conservacion de los cadáveres. Los pobres se hacían disecar solamente con el natron ó la sal comun; y fajados en telas groseras, eran colocados en las catacumbas; pero los ricos, cubiertos de diversas tiras de muselina finísima, de hojas de oro y de un yeso muy sutil, con collares, figuritas y otros adornos y grandes rótulos de papiro, eran encerrados en muchas cajas. Refiérese que los Etiopes revestían sus cadáveres de una goma tan trasparente, que los antiguos los juzgaron cubiertos de vidrio; los Egipcios que no la poseían, esculpían la efigie del muerto en la caja, y depositaban las momias así encerradas en las catacumbas abiertas en la roca viva; y los Árabes continúan desde hace siglos extrayéndolas para alimentar con la madera y el carton de ellas el fuego, despues de haberlas registrado para buscar tesoros.

Pero no solo á los hombres, sino tambien á los animales prestaban entónces este último servicio; la cordillera líbica está horadada por galerías, de muchas leguas de longitud, y de veinte piés de anchura; atestadas de los pájaros llamados íbis, de gavilanes, de perros, de gatos, de carneros, de chacales y de monos, todos embalsamados; en la cordillera árábica, una gruta natural vastísima está llena de cocodrilos, culebras y ranas, mezclados todos y cubierto el conjunto con una pasta resinosa; y cerca de Abusir, no léjos de Ménfis, hay una catacumba de pájaros, y especialmente de íbis (6).

El embalsamamiento pudo ser efecto de una sábia prevision para evitar la putrefaccion, fa-

cilitada por las inundaciones del Nilo, que hoy hacen malsano el aire de Alejandria; y alguno ha observado que las pestes que han invadido á Europa despues del siglo VI, vinieron de Egipto, desde que el Cristianismo hizo cesar aquel procedimiento (1).

Parece que el estudio sobre los cadáveres debió contribuir á los progresos de la medicina; pero la misma supersticion que hacia conservar solícitamente los inútiles restos del cuerpo, evitaba que se emplease aquella ciencia en conocer el maravilloso mecanismo de la vida, á fin de evitar y curar sus alteraciones. El cadáver no era sometido á ninguna operacion anatómica; se tenia por contaminado al que lo tocaba, y los *parásitos* que le hendían el costado para embalsamarlo, eran mirados con horror, y corridos á pedradas por los parientes. Toda la medicina, pues, se reducía á sórdido empirismo, envuelta como todas las cosas en el misterio. Se exponía á los enfermos á las puertas de las casas, y cualquiera de los transeúntes sugería los remedios que creía oportunos. De esta suerte se formaron algunas recetas que se trasmitían despues de padres á hijos, y se aplicaban sin demasiada discrecion, las cuales se reunieron mas adelante, constituyendo una medicina dogmática y absoluta, que sancionada por la religion, obligaba á los médicos á curar á los enfermos por el modo prefijado; y quien de estas reglas se apartase era castigado si fracasaba la cura.

Quizá estos rigores solo se aplicaban á la peste, á la lepra y á semejantes contagios, á cuyo tratamiento, aun los gobiernos mejor constituidos, han impuesto tambien preceptos imprescindibles. Pero los Egipcios añadían á toda curacion operaciones mágicas, y la historia sagrada muestra hasta qué punto adelantaron en este arte. No obstante, perfeccionaron la parte mas relevante de la medicina, esto es, la higiene, instituyendo y conservando un admirable sistema dietético (2).

Aquel pueblo geométrico, al contrario de los Indios de viva imaginacion, usó comunmente la prosa, si bien no le faltaron cantos nacionales y poemas; pero ningun monumento de su literatura nos resta, ó por lo ménos no ha sido descifrado, sucediendo lo mismo respecto de la filosofia, cuyos fragmentos forman un cuerpo con la teología.

## CAPÍTULO XXII

Religion de los Egipcios.

En el fondo de la religion egipcia encontramos

(1) Tal es la opinion que el doctor Pariset proclamó en Francia estos últimos años, opinion no contradicha, que yo sepa. Me permito observar: 1º que los cadáveres y la putrefaccion producirán miasmas ciertamente, pero no peste; 2º que del Egipto procedieron tambien las epidemias antiguas, y señaladamente la mas conocida, la de Atenas. « Es fama que la » pestilencia comenzó en la Etiopia mas allá del Egipto, y » hijándose mas en el mismo Egipto y en la Libia... se trasladó de improviso á la ciudad de Atenas. » Tucíd., lib. II, 48.

(2) Cualquiera puede ver en el museo de anatomia comparada del Jardín botánico de Paris una tibia de Egipcio, fracturada y recompuesta conforme á su método quirúrgico.

Religion sacerdotal.

tambien la unidad de Dios (1). Sobre un templo de Sais estaba escrito: *Yo soy el que es, fué y será, y ningun mortal ha levantado el velo que me cubre; y sobre otro: A ti que eres una y todo, divina Isis* (2).

Pero el autor de los libros herméticos exclamaba: « ¡Oh Egipto! vendrá un dia en que la religion y tu culto puro serán convertidos en fábulas ridículas, increíbles á los venideros, y las palabras esculpidas en la piedra serán el único monumento que quedará de tu piedad: » profecía verdadera, pues que la religion degeneró hasta el punto de no poderse descubrir su sublime fundamento. La casta sacerdotal que habia conservado aquella patriarcal creencia, no la comunicaba mas que á los iniciados, envolviéndola para los demas en símbolos que la hiciesen inaccesible á los profanos, con el objeto de aumentar su autoridad á los ojos del vulgo. El símbolo se confundía con el ser, multiplicando las deidades; leyendas astronómicas y calendarias convertían las revoluciones celestes en hechos de númenes, á lo cual se agregaba la adulacion, que, por estar colocadas las estatuas de los sabios y de los poderosos en los sagrados recintos, fácilmente los igualaba á la Divinidad, no en el concepto de los sacerdotes, sino en el de la muchedumbre.

Aquellos sacerdotes, cuando llegaron á civilizar la Etiopia y el Egipto, hallaron en estos países establecido un grosero fetichismo, y adorados, los árboles, los animales, el Nilo y algunas constelaciones, con diversidad de númenes y creencias segun las diferentes tribus (3); pero no quisieron ó no pudieron desarraigarlo. Así permanecieron con el nuevo dios de los tesmóforos los dioses primitivos; con los dogmas puros no se confundieron las groseras supersticiones; de suerte que es preciso distinguir la religion sacerdotal de la vulgar, única que puede merecer la befa y el escarnio de quien no mira en la historia mas que lo exterior.

Eran dogmas de la primera un ser supremo,

(1) Lo afirman Heródoto, Porfirio, Jamblico, Plutarco y Proclo.

(2) En los autores griegos y latinos hallamos atribuidas á Isis las cualidades de todos los demás dioses. *Και η περιουχθη δε τοπος λεγεται πολλαις, διο και την ουριαν καταρατην τοπον θεων καλουσιν και την Ισιν οι Αιγυπτιοι ως πολλων θεων ιδιοτητας περιεχουσας.* Así se expresa tambien Simplicio comentando á Aristóteles L. IV. *Auscult. Phys.* Al principio del L. XI la llama Apuleyo *Regina caeli, sive tu, Ceres, alma frugum parens originalis... seu tu, caelestis Venus... seu Phebi soror... triforini facie larvales impetus comprimens, terraeque claustra cohibens.* En otra parte hace decir de Isis: *Cujus numen unicum... multiformi specie, ritu vario, nomine multijugo totus veneratur orbis...* Lib. XI. Por eso fué llamada *Myrionima*, ó de diez mil nombres. Pignorío cita esta inscripcion de Capua: *TE TIBI UNA QUAE ES OMNIA DEA ISIS ARRIVS BALBINVS V. C.* Véase á *VISCONTI, Museo Chiaramonti.*

Esto corresponde á cuanto dice Plutarco de Isis y Osiris. (3) El culto de los animales es general todavia en Africa. Bossman halló en Fida, en la Guinea, adoradas las serpientes, y mantenidas algunas en lugar á propósito, como se solia hacer en Egipto; otro tanto sucede en el Senegal y en las costas de la Etiopia. Véase *An Essay on the superstitions, customs and arts, common to the ancient Egyptians, Abyssinians and the Ashantees.* Londres 1821.

único, no representable en imágenes corpóreas. Plutarco dice hablando de esto que la sublimidad de los sacerdotes consistía en considerar á Fta como el gran arquitecto de universo: su sabiduría era adorada especialmente en Sais con el nombre de *Neit*, y su bondad en Elefantina con el de *Cnef*, de quien era símbolo una serpiente enroscada.

Pasando estos atributos á la doctrina esotérica se convertían en tres personas: padre, madre ó hijo, ó sean la fuerza fecundante, la generadora y el fruto; trinidad que ya encontramos en las creencias de Babilonia y de la India. Cada templo figuraba de diverso modo y daba nombre distinto á su trinidad, y no se cedían los territorios dependientes de aquel ni á los vecinos ni á los vencedores: de manera que en la fusion ó en la conquista se conservaron en su mayor parte los númenes, que así se multiplicaron extrañamente.

Con la superioridad de Tébas prevaleció la trinidad de Isis, Osiris y Horo, á la cual se refirieron los símbolos y las fábulas de las demas, en tan gran número que Isis fué llamada *myrionima*, esto es, la de diez mil nombres, contándose sobre esta triada mitos tan diversos, que sería difícil ponerlos de acuerdo.

Isis y Osiris, aun en el seno de la unidad generadora, produjeron á Harueri ó Horo. Luego que estos salieron á luz, Isis descubrió la cebada y el grano; y Osiris inventó los instrumentos rurales: enseñó en las orillas del Nilo cómo habia de hacerse la recolección; fundó las leyes, los matrimonios y el culto, y difundió despues estos beneficios, conquistando no con la fuerza sino con la música y la poesia. Tifon en tanto, genio del mal, procuró arrebatarle el trono, y conjurado con los Etiopes lo mató, y encerró en una caja y lo arrojó al rio. Isis desconsolada corre en su busca con Anúbis, hijo de Osiris y de Nefti, hermana de Tifon, y encontrándolo en Biblos, encerrado en una gran caña, lo llevó á Egipto, pidiendo venganza á su hijo Horo; pero Tifon descubrió el cadáver de Osiris, lo hizo catorce pedazos y los dispersó... Isis, no obstante, los reune, excepto el órgano de la generacion, recompone el cuerpo; sustituye al miembro perdido un Falo de sicomoro, que desde entónces es sagrado, y sepulta el cadáver en File, tierra santa. Osiris vuelve de los infiernos para instruir á su hijo en las armas; y este combate, vence á Tifon y lo encadena. ¿Quién lo creeria? Este enemigo es puesto en libertad por Isis; por lo que indignado Horo arrebata la diadema á su madre, á la cual sustituye Hermes una cabeza de ternera. Impugna Tifon la legitimidad de Horo, pero es vencido y arrojado á los desiertos, y Horo, último de los dioses, reina en Egipto.

Cualquiera verá en este mito la historia del Egipto, y la manera con que aprendieron á conocer la agricultura y la divinidad las tribus de pescadores y pastores; ó bien las revoluciones físicas y astronómicas, encontrando simboliza-

dos en la doble vida de Osiris la doble cosecha del país: el diverso curso del Nilo en los accidentes de su existencia ó el sol con su elevación é inclinación sobre el Ecuador (1).

De cualquier modo que esto se entienda, es evidente que la teogonía egipcia se fundaba en la emanación. De ocho dioses superiores nacen doce intermedios, y de estos siete inferiores (2). Las divinidades mayores son inteligencias inmatriciales, que solo la religión puede comprender, y conteniendo ellas el principio del mundo real, emana su luz en una serie de gradaciones que mas ó ménos la representan. La segunda legión procede de los primeros dioses á los cuales se añaden cuatro nuevos; y en la tercera están las encarnaciones, divinidades que nacen, cumplen su misión y vuelven al cielo, donde se ostentan en forma de constelación.

El desenvolvimiento sucesivo del infinito ser, para difundirse gradualmente en todas las esferas, por ínfimas que sean, y vivificar con su presencia hasta las mínimas partes del gran todo, está presentado bajo la figura histórica de encarnaciones, cada vez mas perfectas, hasta llegar á la forma humana, con la cual muere y renace Osiris, viniendo á ser autor y conservador del mundo visible.

Osiris, bienhechor y salvador del pueblo, debía ser siempre modelo de los reyes, que educados en el templo, y servidos no por esclavos sino por hijos de sacerdotes mayores de veinte años, de incente vida y criados con esmero, cuando subían al trono eran iniciados en los grados superiores de la doctrina secreta, sometidos á inmutables prescripciones, llamados también sacerdotes, obligados á hacer beneficios como su modelo, y consagrados, como él, después de muertos con el agua del Nilo (3). Por esto pudo ser confundido con el dios, en las canciones populares y en las representaciones, cualquier Faraon mas benéfico que los demas, y formarse así la opinión de que Osiris fuese un antiguo rey.

Númenes particulares ó gentilicios eran Ammon en Tébas, Pta en Méfis, Cnef en Elefantina, Kem en Kémnis, Saté en Siena y Sité, Maut en Tebas, Bubaste en Bubaste, y Neit en Sais. Prevalcieron los de Tébas, Méfis y Elefantina, pero eran generales Isis, Osiris y Horo (4): triada cuyo predominio atribuimos al triunfo de la tribu que especialmente la veneraba. Mas adelante, en tiempo de los Tolomeos y en la prosperidad de Alejandría, se ensalzó Serápis hasta adquirir todas las atribuciones de Osiris: siendo señor de los elementos, soberano de las aguas, de las potencias terres-

(1) PLUTARCO dice que los Egipcios asemejaban esta trinidad al triángulo rectángulo, que tiene cuatro partes de base, tres de altura y cinco de hipotenusa. La base representa á Osiris, el otro lado á Isis, y la hipotenusa á Horo (*De Is. et Osir.*). Notorio es que Platon en su *República* expresaba con esta figura el emblema nacional, deducido ciertamente del Egipto.

(2) Véase la exposicion de Görres en nuestros documentos de RELIGION.

(3) ESTRABON XVII. — PLUT. *de Isis.* — DIOD. SICULO I.

(4) HERÓDOTO II, § 42.

tres é infernales, dispensador de la vida y juez de los muertos, benéfico y tremendo, dios de la alegría y de las tinieblas. Su figura, primeramente representada, como la de los genios de la naturaleza, por *cánopos* ó sean vasos esféricos coronados de una cabeza de hombre ó de animal, se trasformó entónces en la de un dios de severo aspecto, con mitra en la cabeza, y al costado un monstruo ceñido por una serpiente con tres cabezas, una de perro, otra de leon y otra de lobo.

Fábulas muy extrañas tambien esparcieron respecto de él los profanos, pero interrogado su oráculo por Nicrocreonte, rey de Chipre, respondió: *Yo os diré qué Dios soy: escuchad. La bóveda de los cielos es mi cabeza, mi vientre el mar; mis piés están sobre la tierra, mis oídos en las regiones del éter, y mis ojos son la espléndida faz del sol de larga vista* (1). Acaso se enseñaba así en sus misterios, los cuales se entendieron tambien entre los Romanos.

Así como Osiris ofrecía el modelo de un príncipe, Hermes presentaba el del sacerdote, ministro de la ciencia y de la religión; y el acuerdo de estos dos seres constituía el lazo simbólico entre la espada de los Faraones y el báculo sagrado de los sacerdotes. Tot, ó sea Hermes, tres veces grande (*Trismegisto*), fué anterior á todas las cosas; él solo comprendió la naturaleza del Demiurgo, y depositó este conocimiento en libros que solo reveló cuando las almas fueron creadas. Auxiliar del primer hacedor, formó los cuerpos para unirlos á las almas, y les agregó la dulzura, la prudencia, la moderación, la obediencia y el amor á la verdad. Escribió la historia de los dioses, del cielo y de la creación; comunicó la ciencia á Caméfis, abuelo de Isis y Osiris, y concedió á estos el don de penetrar los arcanos de sus escritos, parte de los cuales guardaron para sí, y parte esculpieron en columnas (2), como reglas de conducta para los hombres.

Aquellos primeros escritos fueron en adelante puestos en jeroglíficos y en lengua comun por el segundo Hermes, ó Tot, dos veces grande, inventor de la escritura, de la gramática, de la astronomía, de la geometría, de la medicina, de la música, de la aritmética, así como de la religión y de todas las artes que hermosean la sociedad. Inventó la lira, instituyó la casta sacerdotal, á la que confió sus sagrados libros, símbolo de los tesmóforos, educadores del Egipto, y que sirvió después de núcleo á muchas ideas astronómicas, físicas y morales, combinadas

(1) MACROBIO, *Saturnales*, I. 26.

(2) Maneton escribe que las columnas jeroglíficas de Tot estaban *En τη Σφραδύχη γη*. Inútilmente han buscado los intérpretes dónde pudiera hallarse esta *tierra seráfica*, ni nosotros sabremos decirlo; solo advertiremos que el hebreo Josefo refiere que sabiendo por Adan el patriarca Set que ocurriría un diluvio de agua y fuego, á fin de que no pudiesen los primitivos conocimientos, mayormente astronómicos, los grabó en dos columnas, una de piedra, otra de barro co- cido, las que aun subsistian en la tierra de Siriad, *κατα την Σφραδύχα*. *Archeol.* I. c. 2, § 3.

con hechos históricos: tanto que se confundieron entre sí Hermes, Tot, Anúbis, la estrella Sirio, el Perro vigilante, el Batelero de las almas y Mercurio.

Se han perdido los libros de Hermes; y de la filosofía comprendida en ellos nos dan diversos informes los antiguos. Según el estóico Quercemon, que vivió en tiempo de Tiberio, y acompañó á Egipto á Helio Gallo (1), no reconocian mas mundos que el visible, mas existencia que la material, ni mas dioses que los astros, cuyas revoluciones estaban figuradas en varios mitos, y que dirigían todas las acciones humanas. De este sabeísmo material les creían exentos los neoplatónicos, quienes (aplicando á aquellos mitos ideas y nombres mas refinados y modernos) suponían que los Egipcios creyeron que había una inteligencia subsistente por sí misma (*νοῦς λογος*); otra demiúrgica, superior y anterior al mundo; y otra dividida y extendida por todas las esferas (2). El sentido original de los libros herméticos parece haber sido una intuición sencilla, pero profunda, de la naturaleza, considerada como viviente é idéntica en todas sus partes. La lucha de la materia y del espíritu, de lo físico y de lo intelectual, se manifestó después; por lo cual es de creer que se dividieran en varios sistemas los sabios egipcios, lo mismo que los indios (3).

Según la doctrina hermética, dioses, espíritus, almas, todo, en una palabra, se desenvuelve en el espacio y en el tiempo, formando un sistema de gradaciones que se resuelven en la unidad, como sus pirámides concluían en punta. El cielo está repartido entre tres órdenes de númenes: seis órdenes de demonios son el centro de nuestro mundo, donde comunican su propia virtud á los animales y á las plantas; otros, intermedios entre el hombre y la Divinidad, rigen las esferas y los astros.

Tan luego como un alma quiere abandonar el seno del padre supremo, la confía este á un demonio tutelar que la acompaña toda la vida, en la cual ella olvida su origen divino, y contrae manchas de que debe purgarse para tornar digna á la morada de los bienaventurados. Los demonios la asisten aun después de la muerte, y los cadáveres se cubren de amuletos para recomendarla á los buenos, y rechazar los maléficis. Considerando la vida como una peregrinación comparada con la eternidad que sigue á la tumba, se apresuraban mas á fabricar sepulcros que casas, y aquellas pirámides, aquellas vastas ciudades de muertos cerca de Tébas, Licópolis, Méfis y Abidos, donde el hombre debía pasar innumerables años bajo el cetro de Osiris y de Isis. Sin embargo, antes de penetrar en ellas, debía presentarse el hombre al juicio de

(1) Véase PORPHYRII *Epistola ad Anebonem aegyptium* en el prólogo de la obra de Jamblico, *De mysteriis Egypti*. Chiswick 1821.

(2) Véanse principalmente JAMBILICO, *De mysteriis Egypti*, ág. 303, y EUSEBIO *Præp. evang.* III. 4.

(3) DE GUIGNAUT ad *Creuser*, lib. III. pág. 873.

Osiris: el que se había conservado virtuoso durante su vida, subía, después de nueve años de purgatorio, á las esferas (1); pero el que había obedecido á sus apetitos, debía recorrer por tres veces la vida y sufrir la trasmigración al cuerpo de animales, hasta que al cabo de tres mil años volviera como todos los demas al seno de Dios.

Los ritos fúnebres dan á conocer las creencias y el grado de civilización de un pueblo. El Griego quema los cadáveres, como cubierta material del espíritu (2), que se eleva junto con el fuego, dejando la materia en la tierra de donde salió. Los discípulos de Zoroastro y los Tibetinos, con el objeto de que no sean contaminados el fuego ni la tierra con el contacto de los cadáveres, los depositan en elevados recintos para que sirvan de pasto á las aves. Nosotros devolvemos la tierra á la tierra, como simiente del porvenir; piadosa solicitud que nos hace mirar con cariño un pequeño campo, donde el afecto que sobrevive busca á la persona amada, mejor que si debiese vagar por la inmensidad del espacio.

Pero sin razón quisieron algunos deducir del cuidado que tenían los Egipcios en conservar las momias, que no creían en la inmortalidad del alma, y que en su entender perecía esta con el cuerpo. El juicio de los muertos, la lucha entre el ángel bueno y el maligno, y la creencia en un *amanti* ó *adi*, infierno de las almas, nos demuestra lo contrario. Probablemente pensaban que no se separaban de los cuerpos hasta que estos se descomponían; por cuya causa se esforzaban en retenerlas unidas á ellas para ahorrarles la dolorosa trasmigración que estaban precisadas á sufrir antes de renacer en otro cuerpo humano; acaso tambien es esta una aplicación material de la creencia ó presentimiento de la resurrección de los cuerpos; y por lo mismo se conservaban cuidadosamente las reliquias que un día habían de sentir el soplo de una vida inmortal.

Herodoto, quizá por respeto á los misterios, no nos transmitió la fórmula ritual de los embalsamadores; pero Porfirio, mas moderno y ménos escrupuloso, nos refiere que después de haber extraído las vísceras del cadáver y haberlas colocado en un cofrecillo, se volvían hácia el sol y exclamaba uno de ellos: « Señor sol, y vosotros númenes que daís la vida, acogedme y entregadme á los dioses infernales, de manera que éntre en su morada, pues que no he dejado nunca de reverenciar á los dioses que mis padres me enseñaron; durante mi vida honré constantemente á los que engendraron mi cuerpo; no he dado la muerte á nadie, no he negado los depósitos, ni causado otros daños. Que si en vida incurri en alguna falta comiendo ó bebiendo cosa prohibida, no pequé por mí, sinos por esta porción de mi cuerpo. » Dicho esto, era arrojado

(1) PINDARO, *Olymp.* II. 109.

(2) *Sôma* ó *salma* amaron al cuerpo nuestros antiguos poetas.

al agua el cofrecillo, y el resto embalsamado como cosa pura, y colocado en la necrópolis ó ciudad de los muertos, con tal que los jueces hubiesen declarado al difunto bueno y piadoso.

Es, no obstante, difícil en la mitología egipcia determinar los límites que separan la astronomía del mito, la alegoría de la historia, la personificación de la realidad; tanto mas cuanto que muchos de sus fabulosos personajes pasaron á las demas naciones, experimentando cada vez mutaciones nuevas. No nos detendremos, pues, á investigar si Memnon, famoso por su estatua parlante (1), fué un Faraon ó un dios, ó el genio del sonido y de la luz; ni entraremos tampoco en otras cuestiones, vivamente agitadas por muy doctos varones, por lo regular con razones que se equilibran, y entre los cuales hemos recogido con trabajo esta idea de las doctrinas sacerdotales.

Religion popular.

Al lado de estas subsistían las creencias materialistas en las que habia incurrido la estirpe de Cam en su extravío. Refiere Diodoro que un rey hábil, para mantener desunidos á los Egip-

(1) Letronne (*Mémoires de l'Académie royale des inscriptions et belles-lettres*, t. X, año 1833, y separadamente con el título de *Statue vocale de Memnon*) combatió la suposición de un fraude en el fenómeno de la estatua de Memnon, diciendo que Amenóth III hizo colocar delante del edificio llamado *Amenopio* dos enormes colosos monólitos de igual materia y dimension, no distintos de tantos otros por ninguna otra particularidad. El situado al Norte se rompió por la mitad á consecuencia de un terremoto el año 27 á. C., despues de lo cual la parte que quedó despedia un sonido al salir el sol. Los viajeros repararon esta singularidad: algunos, como Estrabon, la creyeron un fraude, pero cuando se conoció que en ello no habia artificio, ericieron la curiosidad y la admiración. Multiplicáronse las poesías y leyendas, entre todas las de los Griegos, que avezados á construir la historia con los homónimos, dijeron que aquella era la estatua de Memnon, porque se hallaba en los *Memnonios* ó barrios de las tumbas, y que aquel hijo de la Aurora saludaba á su madre todas las mañanas. En breve la celebridad del coloso y de su voz superó á la de cualquier otro monumento de Tebas, y desde el tiempo de Neron hasta el de Septimio Severo las piernas y el pedestal de la estatua se cubrieron de inscripciones, que manifestaban la admiración de los viajeros. Septimio Severo creyó conveniente restaurar el coloso, esperando que su voz se haría mayor y contribuiría, mejor que las persecuciones, á devolver su influencia al paganismo; pero aquella operacion en vez de reforzar la voz, la suspendió para siempre.

Más recientemente Wilkinson pretendió haber descubierto que el sonido era producido por una persona oculta en un nicho, y que golpeaba sobre una piedra sonora, fijada en el pecho de la estatua, la cual tiene todavía un sonido metálico (*ὄς γλαστό τοπέτος*) como lo oyó en su tiempo Julia Ballilla. Pero no parece bastante probado el hecho, además de que subsistiendo la piedra en la parte superior del cuerpo, restaurada despues, se puede creer que fuese colocada para suplir con el arte el fenómeno que habia cesado de manifestarse. Hace poco se presentó un escrito en la Academia francesa, en el cual se atribuía aquel sonido al desarrollo de la acción eléctrica. Trató este mismo punto ante la propia Academia el señor Sellier, no ya como conjetura, sino como teoría, reuniendo muchos experimentos, dirigidos á probar que existen relaciones entre la producción del sonido y el desarrollo de la electricidad. Uno de ellos es como sigue: Si sobre una lámina vibrante se esparcen polvos silíceos, estos se adhieren á las líneas nodales; si en vez del pedernal se usa la pez griega ó colofonia en polvo impalpable, sucede que las líneas nodales se desembarazan, y las partes vibrantes se cubren de la resina. Ahora bien, las líneas nodales atraen el vidrio en polvo, que se acumula sobre ellas en torbellinos; y quedan libres empleando la colofonia, que también huye en torbellinos, y se adhiere á los senos intermedios. Estos poseen la electricidad positiva, los primeros la negativa, de lo que se deduce que en un cuerpo sonoro la electricidad se divide en fracciones.

cios, estableció en cada provincia el culto de un diverso dios, y uno. No se imponen de este modo las religiones; pero es lo cierto que tal variedad de dioses era gérmen de disensiones perpétuas. En tiempo de los Romanos, los habitantes de Cinópolis combatieron con los Osiriniquitas por causa de los perros sagrados; por causa de los gavilanes tuvieron guerra los Ombitas con los Tentiritas.

Progresando luego las ideas, se buscaron razones naturales ó de gratitud para explicar el culto de los diferentes animales y de algunas plantas: se quisieron descubrir indicaciones astronómicas ó símbolos ingeniosos, alguna vez confirmadas por su aplicación á los jeroglíficos. La mona cinocéfala queria decir la luna, porque tiene un flujo menstuo, ó la casta sacerdotil, porque no come pescado: el escarabajo (del cual se ven millones de figuras en las antigüedades egipcias) significaba el poder creador; el leon la inundación del Nilo, por coincidencias astronómicas; el cocodrilo el agua potable; la serpiente el tiempo indivisible; el gato extermina los ratones; la gacela huye al desierto cuando crece el Nilo, y con la regularidad de un acto natural, señala la division del dia en doce horas. Así, también, entre las plantas era la palmera símbolo del año, por las ramas que renueva; la cebolla de mar (*κρομμύον, scylla maritima*) se veneraba como medicamento para la hidropesía (1): sobre todo, el loto (*nympha nelumbo*) se tenia por sagrado; en él se detenían los dioses del Egipto no ménos que los de la India, y con él se adornaban: veneración que tenia origen en su semejanza con el Palo.

Es un error creer que la especie entera de semejantes animales fuese sagrada, y que no se comiesen por eso: solo algunos individuos eran mantenidos á expensas del rey, servidos por los principales personajes, y sus exequias se celebraban con indecible pompa; siendo señaladamente sagrados el íbis y el buey Ápis. El primero, alimentándose de serpientes en las orillas del Nilo, cuando aparecía, anunciaba las crecidas de este rio (2); le atribuían una pureza virginal é inviolable afecto al país nativo, de tal modo que, conducido á otra parte, se dejaba morir de hambre, y conocia las fases de la luna, arreglando segun ellas su comida. Los Egipcios lo criaban en el recinto de los templos; lo dejaban vagar por las ciudades; el matarlo, aunque involuntariamente, era delito de muerte, y decían que si los dioses hubiesen tomado una figura, habria sido la del íbis. Los que morían

(1) Los admiradores del Egipto pretenden que se reverenciaba en la cebolla la figura y la estratificación de la tierra. Me parece más probable que la venerasen en las cercanías de Pelusio, como remedio á una terrible enfermedad del género de la timpanitis, ocasionada por las emanaciones del lago Sirbon, lleno de azufre y de hctan.

(2) « Los íbis (dice Herodoto) tienen la cabeza y el cuello sin plumas por la parte anterior; en las demas partes del cuerpo las tienen blancas, excepto en la nuca, en el extremo de las alas y en la rabadilla que son negras. » Sobre la variedad del íbis á que alude Herodoto se han manifestado diferentes opiniones. Cuvier afirma que es el *Numenius Ibis*.

Animales sagrados.

Práctica.

eran embalsamados con tanto cuidado como los padres; muchos de ellos se hallan en los sepulcros, y muchos también están representados en efigie.

El buey Ápis nacia de una ternera fecundada por un rayo celeste; debia ser negro, á excepcion de un triángulo en la frente, y una média luna al lado derecho, y tener bajo la lengua una excrescencia en forma de escarabajo. Tan luego como se descubria un Ápis, iban á buscarlo con gran pompa; lo mantenían por espacio de cuatro meses en un vasto edificio abierto hácia Levante; se promulgaba en seguida una gran fiesta, y despues de celebrada, era conducido aquel á Heliópolis, donde se le alimentaba cuarenta dias en el templo por los sacerdotes, siendo por último conducido de Ménfis al sagrario de Fta para recibir las adoraciones de todo el Egipto. Si moría, habia luto general hasta encontrar uno nuevo, y lo sepultaban en el templo de Serápis ó en las tumbas de los reyes.

Estando además especialmente consagrado cada animal á un dios, al representarlos en estatua, se confundían los miembros de uno y otro, de donde proceden las esfinges, los cánopes, las raras figuras de los númenes, y las extrañas mezclas que distinguen el arte egipcio.

En la práctica, la adoración de Osiris debia conducir á los Egipcios á imitarlo, difundiendo la agricultura y las artes; y combatiendo á Tifon, ó sea impidiendo que avanzasen por un lado el mar y por el otro las arenas del desierto. Sin embargo, esta creencia les hacia incurrir en prácticas absurdas: jamas habrían comido trigo, y hacían el pan de *olyra*, especie de centeno (1): consideraban inmundos á ciertos animales, mayormente al cerdo: habiendo muerto un soldado romano un gato, aun cuando se interpusieron el rey y el formidable nombre de Roma, fué hecho pedazos por el pueblo furioso; y se dice que Cambises colocó delante de su ejército una fila de animales sagrados, y no queriendo herirlos los Egipcios, se dejaron destrozarse por completo. En tiempo de Adriano toda Alejandría estuvo en el mayor desorden porque no se encontraba un buey Ápis. En las fiestas de Ísis, por otra parte, hombres y mujeres se mezclaban entre sí y cometían mil obscenidades; los oráculos de sus dioses animales estaban concurridísimos, y parece también demasiado fuera de duda que llegaron hasta sacrificar víctimas humanas.

Era por tanto la religion egipcia una mezcla tal de lo mas sublime y de lo mas abyecto, que parece imposible reducirla á un todo armónico. Y no obstante, debieron haberlo conseguido sus sacerdotes, pues que aquellas instituciones religiosas echaron tan profundas raíces. Dos veces invadieron los Persas el Egipto persiguién-

(1) Tal la cree Galeno. Otros dijeron el arroz, pero parece que este, ahora el principal producto del país, no fué importado de la India hasta el tiempo de los califas.

dolas; tres siglos pesó sobre él el despotismo de los Griegos; sucedió luego la dominación romana, y aun así resistieron los embates de la influencia extranjera. Aun cuando perdían la independencia nacional, triunfaban los Egipcios con la religion; no solamente conservaron intactos sus altares y dioses, sino que extendieron sobre los vencidos el misterioso imperio de las almas; y los Tolomeos como los emperadores romanos, no ménos que los Faraones, veneraron al rey Osiris y al sacerdote Hermes; erigieron templos y obeliscos á la divinidad, se dijeron sus parientes en los títulos fastuosos que se daban, y el lenguaje de Grecia y de Roma expresó la adoración y las ofrendas de los Griegos y los Romanos, rivalizando con los jeroglíficos.

### CAPÍTULO XXIII

Los jeroglíficos.

En las pirámides, en los templos, en los subterráneos, en los obeliscos, en las cajas y en las envolturas de las momias, hay dibujadas millares de figuras, en las que se mezclan en rica y extravagante representación los astros con los animales domésticos y salvajes, con hombres enteros, ó miembros de ellos, en variadas actitudes, con cuanto nace en los campos ó sirve para el traje, la defensa y la comodidad de la vida. Agréguese á esto un conjunto confuso de líneas, rectas, curvas, cortadas, unidas en toda clase de figuras, y además, como si la naturaleza no bastase, viene la fantasía á dar alas al cuadrúpedo, cabeza de fiera al busto del hombre, rostros humanos á monstruos nunca vistos.

Ante esta amalgama sin relacion, el hombre vulgar no sabía mas que admirar la fantástica extravagancia de los Egipcios, mientras el pensador se lamentaba de no poder sondear el misterio de los siglos que bajo de estas figuras presumía encubierto. Sin embargo, las tentativas hechas para levantar este velo fueron inútiles. Prescindiendo del padre Kircher (1), verdadero charlatan, el Danes Zoega fué el primero que en los jeroglíficos sospechó la existencia de un elemento fonético; conocia bien los clásicos y aun el copto, y vió que en vez de explicar derechamente las inscripciones enteras, era menester primero determinar sus elementos. Otros se le unieron; pero los frutos aparecían tan escasos, que los doctos de Europa daban por desesperada la interpretación de los jeroglíficos.

En tanto, así como se creía que el hombre desde el estado salvaje se habia elevado á la vida

(1) Véase *Oedipus Aegyptius*. — Obeliscus Pamphilus 1630-1676. Para gloria de la Italia importa decir que un siglo ántes juzgó Pedro Valeriano que eran alfabéticos algunos grupos de jeroglíficos. V. *Hieroglyph*. Lib. XLVII, c. 27, p. 37. Mas tarde Samuel Shuckford (*Historia del mundo*, 1730, p. 11, pág. 282), dudó que los signos ideográficos estuviesen mezclados con grupos alfabéticos.